

## MENÉNDEZ PELAYO Y LA CULTURA HISPANO-SEMITICA

En la celebración del I centenario del nacimiento del Maestro (\*).

**A**PENAS hay entre las obras de Menéndez y Pelayo, salvo las que se refieren a un autor determinado ajeno al orientalismo, estudio alguno, ensayo, disertación o trabajo literario de cualquier índole que sea donde no afllore constantemente el factor hispano-semítico, lo mismo como constatación histórica que como aseveración crítica, argumento demostrativo o simplemente como entusiasta expansión de incontenible admiración.

El fermento semítico, representado en la Península por dos aportaciones en parte fundamentalmente distintas pero con múltiples y estrechas vinculaciones, la arábigo-musulmana y la hebraica, vino a constituir parte integrante y principalísima de nuestro acervo cultural tan opulento como variado. Los investigadores, críticos y expositores de todo orden, que desde la misma Edad Media hasta nuestros días, se han penetrado bien de esta realidad y han tenido el acierto y la generosidad —más bien diría yo sintieron el imperativo deber— de no desdeñarla, han puesto de relieve esos eximios valores, que ninguna otra nación puede ostentar en igual grado situándolos en el puesto de honor que les corresponde, ya que son blasones que nos honran. Pero es que además esas irradiaciones culturales tienen dimensión ecuménica, y es de justicia reconocer la va-

---

(\*) Conferencia pronunciada en el IX Curso de Extranjeros organizado por la Universidad de Granada, el 2-III-56.

lisisísima contribución, en éste como en otros campos de nuestro patrimonio espiritual, de tantos extranjeros, entusiastas hispanófilos y meritísimos investigadores de nuestras glorias, no pocas veces como insignes pioneros.

Adelantándome a posibles objeciones a propósito de la auténtica hispanidad de los valores que a base de las obras del maestro quiero poner de relieve en esta disertación, voy a transcribir unos párrafos magníficos, definitivos y tajantes que figuran en la segunda de las *Adiciones de La ciencia española* (ed. Suárez) <sup>1</sup>.

“Si bien algunos extranjeros y muchos españoles que les hacen coro en cuanto se trata de deprimir las glorias de nuestra Patria, quieren excluir y borrar de la cultura española todo lo que se refiere a árabes y judíos, so pretexto de que siendo gentes de diversa raza y religión nada tienen que ver con nosotros a pesar de la larga estancia que hicieron en nuestro suelo, ni podemos envanecernos con sus glorias, tal razón nos parece de las más frívolas, puesto que lo que con el nombre de civilización árabe se designa, lejos de ser emanación espontánea ni labor propia del genio semítico, le es de todo punto extraña y aun contradictoria con él; como lo prueba el hecho de no haber florecido jamás ningún género de filosofía ni de ciencia entre los árabes ni entre los africanos, y sí sólo en pueblos islamizados, pero en los cuales predominaba el elemento indo-europeo y persistían restos de una cultura anterior de origen clásico, como en Persia y en España, donde la gran masa de renegados superaba en mucho al elemento árabe puro, al sirio y al beréber. Y todavía pudiera excluirse de nuestra historia científica este capítulo de los árabes, si nuestros padres en la Edad Media, por fanatismo o mal entendido celo, hubiesen evitado toda comunicación de ideas con ellos, rechazando y anatematizando su ciencia. Pero vemos que precisamente sucedió todo lo contrario, y que inmediatamente después de la conquista de Toledo, la cultura científica de los árabes conquistó por completo a los vencedores, se prolongó en sus escuelas gracias al Emperador Alfonso VII, al Arzobispo don Raimundo y al Rey Sabio, y por nosotros fue transmitida y comunicada al resto de Europa, y sin nuestra ilustrada tolerancia hubiera sido perdida para el mundo occidental, puesto que en el orden oriental había sonado ya la hora de su decadencia, de la cual nunca el espíritu de los pueblos musulmanes ha vuelto a levantarse.

“La historia del primer renacimiento científico de los tiempos

---

1. Primeramente se coleccionó en la *Cuarta serie de Estudios de crítica literaria* de este artículo que D. Marcelino publicó en *La España Moderna*.

medios sería inexplicable sin la acción de la España cristiana, y especialmente del glorioso Colegio de Toledo, y esta ciencia hispano-cristiana es inexplicable a su vez sin el previo conocimiento de la ciencia arábigo-hispana, de la cual fueron intérpretes los mozárabes, los mudéjares y los judíos. Es imposible mutilar parte alguna de ese conjunto sin que se venga abajo el edificio de la historia científica de la Edad Media en España y fuera de España.

“Hay que desechar, pues, los vanos escrúpulos con que suelen caer algunos por temor a que los franceses los tachen de *chauvinisme* y buscar los orígenes de nuestras cosas donde realmente se encuentran, es decir en las ideas e instituciones de todos los pueblos que han pasado por nuestro suelo, y de los cuales no podemos menos de reconocernos solidarios. Si se fijan límites arbitrarios; si se toma aisladamente una época; si cada cual se cree dueño, para las necesidades de su tesis, de hacer empezar la historia en el punto y hora en que a él se le antoja, no tendremos nunca verdadera historia de España.”

Fiel a esa profunda convicción, D. Marcelino se internó con denuedo y entusiasmo sin igual en los encantados alcázares de la cultura arábigo y hebrea de la España medieval, y extrajo a manos llenas tesoros inapreciables de la filosofía, la poesía, el arte literario y la ciencia que esos pueblos fuertemente hispanizados al cabo de las centurias supieron crear en el crisol milenario de sus prístinos estratos orientales. Si Menéndez Pelayo no realizó por sí mismo la composición integral de esa Historia de España formalmente considerada, fue en cambio el sagaz e intrépido adelantado que abrió nuevos horizontes y luminosas perspectivas a los que le siguieron. Evidentemente la historia de un pueblo no es solamente la política, sino también y sobre todo la literaria, la ideológica y espiritual, y es estos amplísimos sectores la labor de Menéndez Pelayo tiene proporciones gigantescas. Gracias a él en gran parte, y a otros esforzados paladines a quienes él mismo alentó, aparte de conspicuos extranjeros, se ha justipreciado en su auténtico valor esas culturas de la España medieval y han quedado incorporadas definitivamente y por derecho propio a nuestro patrimonio intelectual.

Aunque el mundo de la Biblia, sol que ha iluminado a Occidente después de alumbrar más de un milenio en Oriente, tenga su entronque y omnímodas vinculaciones en el pueblo hebreo, dada la forzosa acotación de nuestro trabajo, al ir espigando en las obras del maestro, hemos de dejar fuera lo que en este orden pertenece propiamente al mundo cristiano, para ocuparnos con exclusividad del área judaico-española amén de

la arábigo musulmana: es decir las referencias a los escritores hispano-judíos sin excluir a los sefardíes, y a los musulmanes del Medioevo hispánico, sus obras y la cultura que representan aquéllos y éstos. Aun así el campo es inmenso. Porque son tantas y tan frecuentes las alusiones y noticias de Menéndez Pelayo en relación con la cultura hispano-semítica en el curso de sus obras, que hasta se diría constituyó tal preocupación, poner de relieve esos valores hispánicos hasta entonces un poco arrumbados y hasta en parte menospreciados, una noble obsesión en el ánimo generoso de aquel infatigable investigador de la ciencia y el pensamiento español en todas sus esferas.

Sus obras fundamentales de carácter general, las que como sólidas columnas sostienen el soberbio alcázar de su magna producción, son las siguientes: *Historia de las Ideas Estéticas*, *La Ciencia Española*, *Ensayos de Crítica Filosófica*, *Historia de los Heterodoxos Españoles* y *Estudios y Discursos de Crítica Histórica y Literaria*. Vamos a seleccionar en ellas lo que guarda relación con nuestro tema.

\* \* \*

(*Historia de las Ideas Estéticas*).

La *Historia de las Ideas Estéticas en España*, como reza su título, y aun pudiéramos añadir "y fuera de España", quizá sea la más leída entre todas las obras de Menéndez Pelayo. Aunque su autor nos diga en la *Advertencia preliminar*: "no es un libro de estilo, sino de investigación... Por esta vez renuncio gustoso a deleitar, y me contento con traer a la historia de la ciencia algunos datos nuevos", sin embargo, un tema que gira en torno a la belleza, tratado por la pluma alada y sugestiva de tan gran estilista, no podía por menos de resultar, además de útil e instructivo, ameno y deleitoso.

Como si el afán de lo semítico le acuciase, ya desde los primeros párrafos de esa *Advertencia* menciona la *Poética* de Averroes, el *Autodidacto* de Tufail, el *Régimen del Solitario* de Avempacce y la *Fuente de Vida* de Gabirol, así como también al erudito investigador de la filosofía hebrea Munk y, después, a León Hebreo, el famoso autor de *Philographia*.

El capítulo III lo dedica íntegro a la exposición de las ideas estéticas entre los árabes y judíos españoles: los neoplatónicos, Avempacce, Tufail, Ibn Gabirol (antes mencionados); los peripatéticos, como Averroes y su comentario a la *Retórica* y a la *Poética* de Aristóteles. Trata asimis-

mo de otros autores destacados, como son los dos grandes poetas judíos Yehudá ha-Leví, a quien llama “el más egregio de los cantores de la Sinagoga”, Mošé ibn ‘Ezra, “uno de los mayores líricos de la escuela judaico-española, después de Gabirol y Judá Levita”, y el gran prosista Selomó al-Harizí, el filólogo genial Yoná ibn Yanah, y el incomparable polígrafo Maimónides, “el talento más dialéctico y positivo que produjo la raza hebrea, su Aristóteles de los tiempos medios”. Menciona también al piadoso autor de la obra *Deberes de los corazones*, el zaragozano Baiya ibn Paquda, filósofo y poeta, y a Abraham ben David de Toledo, autor del libro de *La Fe excelsa*. Es una síntesis documentada y sutil de las teorías y doctrinas profesadas por los corifeos del pensamiento hispano-senítico en sus dos ramas, musulmana y judaica, dentro de la materia tratada.

Mucho más de la mitad (30 págs.) de ese capítulo III lo dedica, en consonancia con la obra, a un estudio minucioso, “que el mismo Renan ha dejado intacto” —advierte— de los comentarios árabes de Averroes sobre el Estagirita, concretamente sobre la *Paráfrasis a la Retórica* de Aristóteles, y la *Paráfrasis a la Poética*, ambas traducidas al latín, sobre una versión hebrea, la primera por Abraham de Balmes y la segunda por Jacob Mantino. También añade algo, como complemento, sobre el comentario del mismo autor árabe a la *República* de Platón, donde se habla del efecto social del Arte. “No habré hecho poco —dice— si logro que mis lectores entiendan algo del pensamiento de Averroes, obscurcido todavía más por el salvaje y desconcertado latín de sus intérpretes escolásticos” (p. 365).

Al empezar a hablar de los filósofos hispano-judíos dice así: “Mucho antes que comenzase a filosofar nadie entre los árabes españoles, la misma doctrina neoplatónica había encontrado, entre nuestros hebreos, expositores profundos y originales”. ¡Qué bien conocía la poesía lírica religiosa de los vates hispano-judíos quien la definió como “taracea de lugares de la Sagrada Escritura” (p. 352), y se complace en recordar “la hermosa alegoría de una paloma de alas de oro y de voz melodiosa”, con que Gabirol representa la alta poesía.

Incluso cuando se trata ex profeso de ciertas cuestiones, las ilumina de pasada con el relámpago de luminosas sugerencias, como cuando dice del manuscrito “todavía inédito en la Biblioteca Badleiana” —hoy como entonces (1885)— de la Poética de Mošé ibn ‘Ezra, que “debe de contener revelaciones inapreciables” (p. 361). En efecto, conocida esta

obra desde 1924 por la traducción hebrea de B. Halper, se ha evidenciado la certera intuición del insigne crítico.

En todo lo que toca la mano genial de este mago de las Letras pone un sello de grandeza, una pincelada de eternidad: es un talento gigante que se complace en los de su estirpe espiritual, y por eso sabe retratarlos tal como fueron, con sus debidas proporciones. Tributa a Ibn Gabirol y Ha-Leví el máximo elogio cuando afirma que sus poemas líricos, himnos y elegías los colocan "en puesto superior a todos los poetas líricos que florecieron en Europa desde Prudencio a Dante". Su vasto saber, inmensa erudición y más que nada su admiración y simpatía hacia todo lo grande y valioso le hacen traspasar con frecuencia los límites naturales de su obra para ofrecernos instructivas noticias de varia índole y juicios definitivos acerca de estos y otros grandes escritores, delicadeza y óptimo servicio que son muy de agradecer. Todavía en el último Apéndice del I tomo incluye una sucinta información de un anónimo latino del siglo XV "Sobre el arte de tocar el laúd", del cual se dice fué "inventado por Fulán, moro del reino de Granada"; de este modo el volumen termina, como empezó, con una incursión al campo de lo hispano-semítico.

Empieza el capítulo VI (tomo II) con una larga disquisición acerca de León Hebreo, "otro insigne filósofo español, en quien ha de serme lícito detenerme, puesto que sus obras encierran la más completa, original y profunda exposición de la Estética platónica <sup>2</sup>; y el cap. VIII termina con honrosa mención del "semigassendista y semiescolástico médico judío, uno de los hombres más doctos de nuestro siglo XVII, Isaac Cardoso, autor de *Philosophia libera*, calificada por el P. Ceferino González como *opus sane egregium* <sup>3</sup>. Pondera el acierto con que este filósofo distingue la gracia de la hemosura en una cita a la que pone este sencillo colofón: "No lo dice mejor ninguna Estética moderna".

Aun a riesgo de salirnos del marco prefijado, lo estrictamente semítico, permítasenos señalar el entusiasmo y elevados términos con que se produce en el capítulo siguiente (9.º) hablando del celeberrimo orientalista "Arias Montano, varón incomparable, a quien la filología oriental y

---

2. "Llamábase entre los hebreos Judá Abravanel, y era hijo primogénito del célebre maestro israelita D. Isaac Abravanel o Abarbanel, consejero que fue del rey de Portugal, Alfonso V, y más adelante de Fernando el Católico (1484). (*Ibid.*, p. 10).

3. Vid. *La Ciencia Española*, (I, p. 428, ed. Suárez). Con frecuencia reaparece este nombre conspicuo en esta obra (I, pp. 37, 162, 411, 428 y II, 209, 418), así como también en la *Hist. de los Heterodoxos españoles*.

las ciencias bíblicas nunca pudieron arrebatarse del todo a la filología clásica. Seis días de la semana dedicaba, en su edad madura, a la primera, pero vacaba constantemente el día séptimo en la composición de versos latinos, ya himnos, ya elegías, ya hexámetros didácticos". Añadamos que aun en estas expansiones poéticas el fondo seguía siendo bíblico, como se deduce de sus mismos títulos: *Monumenta humanae salutis, Hymni et saecula, Salmos del Rey Profeta*, "tres colecciones poéticas de las mejores del Renacimiento". (Págs. 169-170). Poco después, entre otros subidos elogios, le llama "el primer hebraizante y el primer escriturario del siglo XVI", que tantos y tan grandes los tuvo. También al final del II tomo, entre los tratadistas de música, se hace mención aunque fugaz, de la música hebrea, en la persona del sabio cisterciense Cipriano de la Huerga, autor del manuscrito, citado por Nicolás Antonio y otros bibliógrafos, *De ratione Musicae et instrumentorum usu apud veteres Hebraeos*.

A propósito del P. Juan Andrés (*vid. infra*), cuya obra *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, según el título de la traducción del original italiano efectuada por un hermano del autor, mucho admiraba D. Marcelino, dice así:

"Y aun esos mismos capítulos sobre los árabes, donde amontonó tantos errores, indican que, si bien no era orientalista, estaba al corriente de todo, absolutamente de todo cuanto hasta entonces había divulgado la erudición de los pocos que lo eran, y cuyas huellas él seguía, tropezando naturalmente donde tropezaron ellos, pero sacando de sus noticias consecuencias antes no sospechadas y de grande importancia para la historia científica de Europa, en la cual es tan profunda e innegable la influencia de los árabes, como nula en la esfera literaria. Ni le llevó su *filoarabismo* hasta negar la originalidad y el valor de las escuelas cristianas de la Edad Media." (III, p. 345).

Hablando de Jovellanos como crítico de Bellas Artes, dice entre otras cosas:

"Contribuyó de una manera eficacísima a que todo el mundo contemplase por medio del grabado los monumentos árabes de Granada y Córdoba, publicados por la Academia de San Fernando de una manera harto imperfecta y sin el cortejo de ilustraciones y disertaciones que Jovellanos deseaba, entre las cuales son de notar un análisis general e idea científica de la arquitectura árabe, un análisis particular de las partes o miembros del ornato de esta arquitectura, midiéndolos y comparándolos exactamente y dedu-

ciendo de esta operación las proporciones con las de griegos y romanos, y aun con las del arte gótico, si fuese posible: observaciones sobre las varias materias empleadas por los árabes en sus edificios; estudio de las inscripciones, etc., etc. ¡Plan ciertamente vasto y magnífico! Pero los tiempos no estaban maduros aún para tan altos y trascendentales pensamientos, que todavía en nuestra época aguardan realización cumplida." (P. 578).

Afortunadamente hoy, al cabo de unos quince lustros, es mucho mejor conocido el arte árabe, que ha entrado con todos los honores en las grandes historias generales del Arte, y hay asimismo obras magistrales de carácter monográfico sobre ese tema en cuya portada campea el nombre de ilustres granadinos.

### (*La Ciencia Española*)

Quizá el título que mejor cuadra a Menéndez Pelayo, entre los muchos y gloriosos que mercedamente se le han adjudicado, sea el de egregio campeón de la ciencia española. El mismo en su discurso acerca de Ramón Lull (1884) decía de sí mismo: "El único título de que me envanezco es el de haber puesto el hombro a la tarea de reconstrucción de nuestro pasado científico".

Como hacía constar su ilustre amigo y animador en esas tareas Don Gumersindo Laverde en la Carta-Prólogo que encabeza los estudios titulados con ese mismo rótulo general de *La Ciencia Española* (1876), Menéndez Pelayo frente a los denigradores de nuestro pasado científico y filosófico, efectuó el alarde honroso de tres creaciones filosóficas de la España cristiana, el *lulismo*, el *suarismo* y el *vizismo*, y otras tres asimismo españolas, el *senequismo*, el *averróismo* y el *maimonismo*<sup>4</sup>. Estos dos últimos sistemas pertenecen de lleno al mundo hispano-semítico; y aparte de las naturales reservas y salvedades con que hayan de acogerse en ciertos aspectos, sobre todo el primero, hay que reconocer a sus creadores el mérito singular de haber intentado antes que el Doctor Angélico la armonización de la filosofía con la revelación.

En cuanto al *lulismo*, uno de los temas tratados con especial cariño por el insigne maestro, sabida es, y por él muy destacada, la fuerte influencia oriental que se advierte en las obras del gran escritor mallor-

---

4. Vid. ítem, *La ciencia españ.* I, pp. 161 y 278.

quín, “nuestra mayor gloria filosófica de la segunda Edad Media”<sup>5</sup>. Así, a propósito del *Cuzari*, la célebre obra apologética de Yehudá ha-Leví, dice: “imitado más de una vez, aunque con opuesto espíritu, por Raimundo Lulio” (p. 95 n.). De paso prodiga a su autor nuevos elogios, diciendo: “Fue no sólo poeta lírico de los más excelsos y sublimes entre los predecesores de Dante, sino también uno de los más profundos pensadores de su raza, como lo acredita su libro del Cuzari”. (*Ibid.*).

Hablando de nuestras glorias del siglo XVI dice: “Que hubo orientalistas, y en especial hebraizantes, dignos de inmortal recuerdo, comprendese con sólo traer a la memoria las dos *Poliglotas*, monumentos de gloria para los que las protegieron y realizaron” (p. 44), y cita una vez más a Arias Montano, a su fiel discípulo Pedro de Valencia, amén de Fr. Luis de León y otros. Refiriéndose antes al siglo XVII (p. 37), hace asimismo honorífica mención del segundo, y del conspicuo filósofo y médico sefardí Isaac Cardoso, de quien se ocupa en varios otros pasajes, como veremos.

Respecto al árabe dice lo siguiente: “De otras lenguas, como el árabe, escasearon más los cultivadores, y aun éstos no solían proponerse un objeto literario al aprender tal idioma, relegado casi a los misioneros que habían de usarle en sus predicaciones y enseñanzas”. Pero añade en nota: “Entiéndase esto con relación a los siglos XVI y XVII y primera mitad del XVIII. A fines de éste ya se cultivaban las letras hebraicas en España con miras puramente literarias, siendo primicias no despreciables de tales estudios entre nosotros los trabajos de Casiri, Campomanes, Banqueri, Arteaga, Lozano y Caseda, Conde, Fr. Patricio de la Torre y otros.” (P. 45).

Hablando después de los cultivadores de las ciencias, hace notar: “Merece especial recuerdo Abraham Zacuto, autor de las famosas Tablas o *Almanaque Perpetuo*, que tradujo al latín Alfonso de Córdoba.” (P. 51 n.).

En el apartado *De re bibliographica* dice (I, p. 63-64) lo que se ha hecho y lo que falta por hacer en punto a bibliografías árabe-española e hispano-judía, y recalca la necesidad de estos materiales cada vez más

---

5. Vid. *La Ciencia Española*, edic. Suárez, t. I, pp. 14, 15, 99, 128-129, 204, 206-207, y t. II, 71-91 (discurso), 187, 200, 210-211, 411.

Item, *Ensayos de crítica filosófica* (edic. nac.), pp. 47-50, 257-281 (prólogo de la edic. de *Blanquerna* publicada en 1883).

imprescindibles “a medida que adelantan los estudios orientales, tan interesantes para el estudio de nuestra cultura”.

En los últimos cien años han adquirido auge extraordinario los diccionarios enciclopédicos generales y especiales como utilísimos arsenales y valiosos instrumentos de cultura; y al mencionar Menéndez Pelayo “*algunos de los Diccionarios bibliográficos que nos faltan todavía*” —y, añadimos, nos siguen faltando al cabo de ochenta años transcurridos desde entonces—, apunta treinta nada menos, entre los cuales consigna en primerísimo lugar el de los *Escriturarios*, y añade después (n.º 14) el de *Orientalistas*. Páginas más adelante (I, pp. 125-128) enumera diversas monografías relativas a filósofos peninsulares árabes y judíos, donde campean los nombres de Averroes, Avicibrón, Maimónides, Bahya ibn Paquda y otros. Y ya en “el terreno propiamente literario, que ha sido el mejor cultivado” (p. 143) inserta asimismo entre las obras “que ofrecen más carácter *monográfico*, algunas de tema hispano-semítico, realizadas por investigadores nacionales y extranjeros, tales como Amador de los Ríos, Leopoldo Aguílaz, Moreno Nieto, Codera, etc.

Señala después los puntos a donde debe dirigirse la actividad erudita por lo que a monografías respecta, y menciona en su enumeración (páginas 161-164), además de Averroes y el averroísmo, Maimónides y el maimonismo, a Arias Montano, Tufail, Yehudá ha-Leví, Avicibrón, los Abarbaneles, Isaac Cardoso, los Cabalistas españoles, Impugnadores del judaísmo y del mahometismo, Escriturarios rabínicos, Hebraizantes españoles, Arabistas.

En la Sección, o Carta, V, refiriéndose a las cátedras a la sazón de urgente establecimiento en España, no se le olvida la de *Historia de las literaturas hispano-semíticas* (p. 171), que afortunadamente ya funcionan hace años. En su impugnación al Sr. Revilla (pp. 204-205) rompe denodadamente otra lanza en memoria de los corifeos de la filosofía hispano-semítica, y saliendo al paso del confusionismo, defectuosa información y prejuicios vulgares en torno al tema que nos ocupa, con referencia al discurso de J. Echegaray sobre las Matemáticas en España (pp. 361-362) hace algunas rectificaciones sobre presuntos matemáticos árabes, como igualmente en su carta al Director de *La España* sobre filósofos árabes y judíos. “Cuándo nos veremos libres de esa manía de judíos y árabes”, exclama, no sin cierta destemplanza, con lo cual demuestra carecía de toda idea preconcebida en su probado entusiasmo por nuestra cultura semítica y jamás obraba movido por tópicos vulgares ni por opiniones no bien asentadas.

Hablando una vez más de la Políglota Complutense (t. II, p. 30), nombra algunos hebraístas, expertos conocedores “de la tradición rabinica”, de los que intervinieron, tales como Alfonso de Zamora, Alcalá, Coronel, etc., subrayando que “lo racional era que para una empresa filológica se buscara a los que mejor sabían el hebreo y el griego”. No deja de ser curioso y aleccionador que reconozca ante todo en esos dignos operarios de la viña del Señor su conocimiento “de la tradición rabinica” para ese grandioso monumento de la Escriturística católica.

Todos los que han saludado las obras del gran polígrafo español saben que la serie de trabajos sobre *la ciencia española* termina con un copiosísimo *Inventario bibliográfico* de ésta, que su autor se apresura a manifestar en la Advertencia preliminar “no abarca ni puede abarcar todo el riquísimo conjunto de la ciencia española, sino solamente dar idea muy somera de los inexplorados tesoros que en ella se encierran”. Figura en cabeza, con acertado y respetuoso acuerdo, “Sagrada Escritura y Exégesis bíblica”, siglo por siglo, y a partir del X al XVI se hace el debido mérito e indicaciones de la aportación hispano-judaica, tanto de los hebreos que se mantuvieron en la religión mosaica como de los conversos.

En el apartado (“Teología heterodoxa” (p. 186) menciona a los judaizantes: Isaac Cardoso (*Excelencias de los Hebreos*), Imanuel Aboab (*Nomología* o *Discursos legales*), Isaac Orobio de Castro (*Previsiones divinas*, etc.), Elías de Montalto, etc., etc.”. Bajo el epígrafe “Filosofía árabe-hispana” (p. 196) y “Filosofía judaico-hispana” (p. 197-198) incluye los primates del pensamiento filosófico hispano-semítico y sus obras fundamentales. Seguidamente consigna la “Introducción de la filosofía semítica en las escuelas cristianas” por obra principalmente de los famosos traductores de Toledo, y cita algunas obras de polémica antijudaica así como también los “principales libros filosóficos de Lull”, cuyos títulos suman veintinueve con dos etcéteras. Siguen los nombres de los primeros “maestros oficiales del lulismo” (p. 200), y después (p. 211) la “Influencia luliana fuera de España”, y “Escuela luliana: sus últimos representantes” (p. 219). La sección de “Platonismo y neoplatonismo” va encabezada por León Hebreo, con sus celebrados *Diálogos de amor* (p. 207), y entre los “Pensadores independientes figura Isaac Cardoso. No satisfecho todavía con todo esto sigue el maestro con interés de sabio al par que con patriótica simpatía a esos “españoles sin patria”, como llamó a los sefardíes un gran judeófilo español (Dr. Pu-

lido), y bajo el epígrafe de "Filosofía rabinicoespañola en los siglos XVI y XVII" (p. 216-217) incluye diecisiete ilustres escritores.

En la Sección de "Filología y Humanidades. Lingüística" aparece en primer lugar "I, Hebreo y lenguas afines, desde el siglo X al XVIII, y "II, Árabe", desde el siglo XII a los albores del XIX, y aun incluye un apartado de "Lengua etiópica" (el XV, p. 291), en el cual figuran cinco autores, cuatro de ellos pertenecientes a la Compañía de Jesús.

En las "Ciencias Matemáticas" se ocupa, con el merecido honor, de los árabes y los judíos (pp. 343-347) e igualmente en la "Botánica" (pp. 386-387) y en "Agricultura" (pp. 394-395), donde menciona a Abu Zacarías, "el más insigne de los geopónicos árabes, autor de "Kitab al-Fellaha". Entre los "Naturalistas" (p. 398) están varios árabes, como el granadino Alasadi (s. XIV).

La "Medicina de los árabes españoles" (pp. 407-410) rayó a gran altura, como es sabido; por eso figuran ahí importantes autores con sus obras. A continuación va una sucinta nota sobre "Médicos judíos", que hoy podría ampliarse considerablemente, advirtiendo que fueron infinitamente más los médicos judíos que ejercieron la profesión, como es natural, que los autores de obras sobre esta ciencia. No se olvidó el sagaz investigador de incluir entre los "Médicos cristianos" (p. 414) a los criptojudíos Amato Lusitano y Rabi Zacuto Lusitano (p. 417), "uno de los primeros cultivadores de la Historia de la Medicina".

Todavía en las *Adiciones* finales hay alguna mención de escritores judíos o árabes (pp. 454, 456-457, 463). Pero aún mayor valor que esas instructivas listas de nombres tienen unos soberbios párrafos sobre la cultura arábigo-española e hispano-judaica, como irrenunciables valores hispánicos: son los que hemos insertado en la primera parte de esta disertación.

### (*Poesías*).

Menéndez Pelayo, personalidad literaria tan pujante como variada, fue también poeta, y gran poeta. Con razón se habla en la Introducción a sus poesías (ed. nac. 1955) del "genio poético que anima, aun en los asuntos de pura investigación, toda la producción crítica y erudita de Don Marcelino". Ciertamente que "la figura colosal de nuestro gran crítico ha oscurecido y dejado como en olvido al poeta": suerte pareja, en este aspecto, a la de Cervantes.

En sus composiciones, estimables tanto por su calidad como también por su cantidad, mézclanse, como en las de Fr. Luis de León, abundantes traducciones y poesías originales.

Frisaba nuestro poeta en los treinta años, en plena madurez de su precoz talento y bien pertrechado de cultura, cuando cierto día, tomando en sus manos el arpa santa de Yehudá ha-Leví, interpretó en sonoro verso castellano, tallados en jaspes, el magnífico "himno a la creación", que empieza así:

¿A quién, Señor, comparé tu alteza,  
tu nombre y tu grandeza,  
si no hay poder que a tu poder iguale?"

Es la única composición de aliento bíblico y sabor hispano-semítico que brotó de su numen, siquiera fuese como un eco de la musa celestial que inspiró al excelso cantor de las Sionidas. En su "ostentoso ramillete de flores poéticas", en frase de su prologuista el Marqués de Valmar, se destacan sobre todo las cortadas en los amenos pensiles de Grecia y Roma, como también en las florestas del moderno Parnaso europeo, juntamente con otras de vigoroso estro nacional y sentidos afectos personales. En los jardines bíblicos no se atrevió a penetrar sino esa sola vez y del brazo del más culminante lírico de la España judaica. Pero este poema, de más de 300 versos en la traducción, es una síntesis de su admirativo entusiasmo por la poesía hebraicoespañola, al par que la bíblica, de la cual esotra está saturada, y de los sentimientos profundamente religiosos que le animaban. Ese magno poema de Yehudá ha-Leví, que otros vates correligionarios suyos vanamente quisieron emular, es un bloque de poesía gigante, filosófica y teológica, sin perder por ello, como a menudo ocurre en la poesía sabia, sus encantos y primores líricos; y estos valores conjugados acabaron de cautivar el alma elevada, ansiosa de verdades y de sublimes bellezas del traductor. Por eso se nos ofrece como vivo trasunto de su espíritu.

Apareció entre sus estudios de *La Ciencia Española* con esta nota: "Insertamos aquí la versión de este poema como muestra de la profunda influencia que ejercieron los conceptos filosóficos en el arte lírico de nuestros hebreos peninsulares. Esta influencia se ve patente, sobre todo, en el último canto, intitulado "El Alma", donde abundan las reminiscencias peripatéticas y alejandrinas".

Magnífica demostración, en verdad, del sentimiento poético que anima al gran crítico y catador de bellezas: suelta la pluma suspende "las gra-

ves tareas de la reflexión y los martirios de la investigación científica" (Marqués de Valmar) y sigue en alas del sentimiento pregonando las glorias de la ciencia española en la persona de un insigne poeta y filósofo que es gloria imperecedera de nuestra nación.

(*Ensayos de Crítica Filosófica*).

En sus *Ensayos de Crítica Filosófica* (1892, ed. nac. 1948) pueden espigarse copiosas referencias a los escritores hispano-semíticos tan mencionados en las otras obras de que nos hemos ocupado, siempre con el mismo noble afán de ensalzarlos y poner de relieve sus eximios valores. También dedica encomiástico recuerdo a los investigadores y cultivadores de estos estudios, tanto nacionales como extranjeros.

Entre los primeros figura, en el discurso inaugural de 1889 en la Universidad de Madrid, una magnífica mención necrológica, que es una acabada semblanza, del "maestro de los orientalistas españoles, el inolvidable Dr. García Blanco, una de las más preclaras e indisputables glorias de esta Facultad y de esta casa" (pp. 16-21). El discurso versó acerca de *La Filosofía platónica en España*, con lo cual dicho está ha de ir esmaltado con los preclaros nombres que tantas veces hemos mencionado y tanto prodiga en sus obras. "Todos los insurrectos —dice— de la escolástica árabe, judía o cristiana son en mayor o menor grado platónicos" p. 22).

Reconoce, con todo, que "la filosofía de Platón no alcanzó nunca entre los árabes la boga y el prestigio que tuvo la enciclopedia aristotélica" (p. 32). Reduce a sus verdaderos límites, siguiendo a Munk, el concepto de filosofía árabe, que es, como su nombre, "enteramente inexacto: más propio sería decir filosofía musulmana, puesto que la mayor parte de estos pensadores son de origen persa o español. Por otra parte, ni esa filosofía era más que una derivación, a veces muy original en sus detalles, de las últimas evoluciones del pensamiento griego, ni llegó a echar nunca raíces en el suelo calcinado del islamismo..." Cita a continuación, como glorias mayores que la compendian, junto a los orientales Alkindi, Alfarabi, Algazali y el gran Avicena, a otros tres españoles "no menos memorables, Avempace, Tofail y Averroes".

Seguidamente pasa revista a las grandes figuras de la filosofía hispano-musulmana y de la hebraicoespañola en relación con el tema indicado de su discurso. Detiéndose de un modo especial en el que fué "aven

tajadísimo intérprete” de las doctrinas neoplatónicas, Selomó ibn Gabirol, “uno de los más eminentes filósofos e inspirados poetas que la raza hebrea ha producido”; y refiriéndose a la obra cumbre de éste, la *Fuente de la vida* (Meqor hayyim) dice: “En toda la filosofía de la Edad Media no hay monumento neoplatónico de tan singular importancia”. Ensalza de paso la meritísima labor del “célebre Colegio de traductores toledanos, protegido por el arzobispo Don Raimundo” (s. XII), que dió a conocer ésta y otras muchas obras de judíos y árabes.

En la tercera parte del discurso detiéndose con particular complacencia en la obra del más famoso adepto del movimiento platónico en el siglo XVI, León Hebreo, “representante el más puro del neoplatonismo florentino, renovado y vivificado por la infusión de un elemento semítico-español muy poderoso, que da a su doctrina una trascendencia ontológica” (p. 61). En una decena de jugosas páginas hace un sutil análisis de los *Diálogos de amor* y la influencia que ejercieron puesto que “esta *philographia* o disciplina amatoria y esta estética platónica fueron una especie de filosofía popular en España y en Italia durante todo el siglo XVI” (p. 72).

En su discurso de recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, reivindicando los blasones de la filosofía española en buena hora reconocidos por toda una legión de sabios extranjeros, dice así:

“Alemanes y franceses y aun italianos han reconstruido la historia de nuestra filosofía judaica; y por obra de Munk, de Sachs, de Geiger, de Zunz, de David Cassel, de Graetz, de Jelinek, de Rosen, de Eisler, de Gigenheimer, de Peter Beer, de Luzzato, de Salomone de Benedettis, podemos apreciar hasta en sus mínimos detalles, merced a repetidas ediciones, traducciones, disertaciones y comentarios, el pensamiento de Gabirol, de Judá Leví, de Maimónides, de Moisés de León y de los cabalistas. Munk, y especialmente Renan, nos han trazado el cuadro de la filosofía arábica, y han resucitado la gigantesca figura de Averroes, cuya influencia en el aristotelismo escolástico ha sido estudiada en Alemania por Werner, y en Italia por Fiorentino y por cuantos han tenido que hablar de la escuela de Padua y del averroísmo del Renacimiento.”

Líneas después añade: “Judíos extranjeros son los que nos han enseñado a apreciar en su justo valor el *Pugio Fidei* de aquel formidable atleta de la fe cristiana, Raimundo Martí, hebraizante sin segundo, y tan

rico de su propio fondo filosófico, que todavía, andando los siglos, prestó a Pascal buena parte de sus *Pensamientos*".

Con particular simpatía pondera los méritos de Pedro de Valencia, "sapiéntísimo varón, discípulo predilecto de Arias Montano, criado a los pechos de su santa y universal doctrina, como de él escribió Covarrubias. La mayor parte de los trabajos de Pedro de Valencia permanecen inéditos y dispensos en varias colecciones de manuscritos". Quizá precisamente por esta razón el noble y generoso investigador quiere poner de relieve los singulares méritos de este digno personaje, como lo hace magistralmente en los "Apuntamientos biográficos y bibliográficos de Pedro de Valencia". (*Ibid.* pp. 235-256). Como homenaje póstumo el gran maestro de las letras hispánicas consagró al mismo, a modo de desagravio por el hado hostil de sus inéditas obras, una traducción, desgraciadamente inconclusa, que se conserva autógrafa en la biblioteca Menéndez Pelayo, del opúsculo de Pedro de Valencia "La Académica o Del criterio de la verdad", dado a la estampa por vez primera en la edición nacional, en el volumen que nos ocupa (pp. 391-404).

En su discurso acerca de *La Iglesia y las escuelas teológicas de España*, pronunciado en sesión del primer Congreso católico nacional español (1889), no teme traer a colación, aunque tamizados por la exaltación católica del momento, los nombres ilustres, para él tan familiares, de la filosofía hispano-semítica. Y después (pp. 291-292) hace honorífica mención del "insigne converso Pablo de Sta. María, autor del *Scrutinium Scripturarum*, su hijo, Don Alonso de Cartagena, a quien llama Eneas Silvio *decus praetorum...*; el Tostado, cuyo nombre basta; su digno adversario Juan de Torquemada; Juan de Segovia, lumbrera del Concilio de Basilea; Alonso de Espina, martillo de los judíos con su *Fortalitium fidei*; Fr. Alonso de Oropesa, defensor de la causa de los conversos:" toda una pléyade insigne de conversos del judaísmo o egregios escriptorarios y hebraístas.

Como prólogo a la traducción por Francisco Pons de *El filósofo autodidacto* (Zaragoza, 1900, *Colec. de Estudios Arabes*), apareció un estudio de Menéndez Pelayo tan certero y documentado como todo lo que salió de su privilegiada pluma (VIII de *Est. crit. lit.*, pp. 313-333), y también como prólogo al libro de M. Asín sobre *Algazel* (Zaragoza, 1901, *Col. Est. Ar.*) otro estudio escrito "con verdadera satisfacción patriótica" (IX, pp. 335-349).

Tras varias referencias a nuestro tema y a la Escriturística en el discurso contestación al de ingreso en la Academia de la Historia de A. Bo-

nilla y San Martín, uno de sus discípulos predilectos y, como él, entusiasta investigador de la filosofía y la cultura hispano-semítica (pp. 377, 376, 379, 387), termina el tomo de *Ensayos de crítica filosófica*, a guisa de Apéndice, con la versión de la antes mencionada *Académica*, de Pedro de Valencia.

Vemos, pues, que esta colección de estudios, al modo de las obras antes revisadas, está saturada del factor hispano-árabe y hebraicoespañol, en términos que, si no tuviéramos otros comprobantes aun de mayor envergadura, bastaría para demostrar el profundo arraigo que la idea de lo semítico tenía en la mente del maestro, y cómo, en efecto, es uno de los blasones que honran la cultura patria.

(*Historia de los Heterodoxos Españoles*).

Esa obra magna y singular que Don Marcelino escribió sobre los que *ex nobis prodierunt sed non erant ex nobis* (I Ju. 2<sup>19</sup>), la *Historia de los Heterodoxos Españoles*, es, entre las de gran envergadura, la primera y también la última que salió de la pluma del maestro. “No se escribe de igual suerte —dice él mismo— a los veinte años que a los cincuenta”, refiriéndose precisamente a la primera edición, “fruto primizo de su ingenio”, y a la segunda, refundida, que ultimó dos o tres años antes de su muerte.

En los seis libros de esa *Historia* se tocan de una u otra forma, expresamente o *per accidens*, casi todos los puntos fundamentales de la historia religiosa y cultural de nuestra patria y se traen a colación diversos personajes hispano-semíticos, con frecuentes referencias a nuestra cultura arábigo-judaica. Ya en las “Advertencias preliminares” de la 2.<sup>a</sup> edición a la que siempre nos referiremos, se habla de los arabistas de entonces como “uno de los grupos más activos de la erudición española, aunque no tan numeroso como debiera”, y menciona seguidamente “la Escuela de traductores de Toledo, punto de conjunción entre la ciencia oriental y la de las escuelas cristianas” (p. 33, ed. Suárez); de ella vuelve a ocuparse en seguida en el Discurso preliminar (p. 60).

De los cuatro temas nucleares que abarca la obra, el cuarto incluye, entre otros, a los *judaizantes* y *moriscos* (p. 49). El capítulo 2.<sup>o</sup> del libro II habla de los mozárabes, el “interesante aunque doloroso espectáculo de una raza condenada a la servidumbre y al martirio”, sus destacadas figuras, sus azanes y sus herejías. Tras un breve salto, vuelve a la pa

lestra el tema semítico en el libro III (cap. 1.º), con “la entrada del patetismo semítico en las escuelas cristianas”, y expone el autor uno de sus temas favoritos en el campo de la filosofía arábiga y judaica hispano-medievales, cual es la introducción de la ciencia semítica entre los cristianos merced en gran parte al mencionado Colegio de traductores. El cap. 4.º versa sobre “la impiedad averroísta” y sus impugnadores en sus párrafos 5.º y 6.º, así como también del *Pugio fidei*, del “gran hebraizante Raimundo Martí, obra maestra de controversia y erudición rabínica, monumento inmortal de la ciencia española”. Prosigue el cap. siguiente (5.º) con la “reacción averroísta”, y se trata asimismo de la teodicea luliana, la vindicación de Ramón Lull y sus controversias con los averroístas.

A propósito de la magia, hechiceros y supersticiones en España desde el siglo VIII al XV, objeto del cap. 7.º, no podía faltar la oportuna referencia a las artes mágicas de árabes y judíos (§ II) y al fatalismo (§ III). Termina este libro III con un Epílogo sobre “Judaizantes y mahometizantes”.

El capítulo 2.º del libro V está dedicado a los judaizantes de los siglos XVI y XVII, entiéndase los criptojudíos, llamados *marranos*, es decir “los judíos que *después de haber recibido el bautismo*, tornaron a sus antiguas opiniones”. Explica su interés por la materia diciendo: “Me detendré algo más en los escritores judaizantes porque algunos de ellos no tuvieron de hebreos más que la raza, ni de cristianos más que el bautismo, y acabaron por librepensadores, materialistas o deístas, por lo cual entran con pleno y propio derecho en este libro”. Figuras destacadas, de las que se ocupa, son los antes nombrados Amato Lusitano y Zacuto Lusitano, médicos ambos, y graduado el último de Doctor en Medicina a los dieciocho años de edad; rara precocidad que anunciaba lo que andando el tiempo había de ser: el médico más sabio de su tiempo. Inserta en este apartado observaciones generales sobre los judíos y notas instructivas. En el siguiente (§ III) se detiene con particular atención en Isaac Cardoso, el mayor entendimiento y el hombre de saber más profundo y dilatado —dice— que produjo la raza hebrea, fuera de España, en el siglo XVII. Ya hemos visto las reiteradas menciones que hace en diversos lugares de sus obras del insigne autor de *Philosophia libera*, y *Excellencias de los hebreos*, libro este último que “rebose de orgullo judaico y hiel anticristiana, como si se hubiesen juntado en el alma de Cardoso todas las furias vindicativas de su raza, exasperada por matanzas, saqueos, hogueras y proscripciones”. También se ocupa en el apartado IV

de ese mismo capítulo, de algunos poetas, novelistas y escritores de amena literatura, tales como Antonio Enríquez Gómez y Miguel Levi de Barrios, de quienes dice “merecen el nombre de poetas y aun de escritores polígrafos”<sup>6</sup>.

El capítulo siguiente (3.º del lib. V) va dedicado a los *moriscos*, *literatura aljamiada* y los *plomos del Sacro Monte*, y empieza exponiendo, a modo de introducción, las “vicisitudes generales de la raza hasta su expulsión”. Tras un sucinto y documentado esbozo acerca de la literatura morisca, con atinadas observaciones sobre la misma, se ocupa de los famosos libros plúmbeos de Granada, descubiertos en el Sacro Monte, el punto más curioso —dice— de la literatura morisca, puesto que, como pronto descubrieron sagaces ingenios hispanos y Roma confirmó después, condenando tales libros, tratábase de una superchería morisca, urdida con toda premeditación, con fines sectarios. “Así fracasó esta absurda tentativa de reforma religiosa: notable caso en la historia de las aberraciones y flaquezas del entendimiento humano”.

En el Epílogo del mismo libro V (apartado 5.º), sobre el “Índice expurgatorio” internamente considerado —se refiere a los de 1571 y 1583 de España— consigna entre las Reglas generales: “IV, Libros de judíos y moros contra la Fe, así como el Talmud y sus comentadores”; “V, traducciones de la Biblia hechas por herejes”, “VI, Biblias en lengua vulgar”, y “VIII, Controversias contra herejes y refutaciones del Alcorán en lengua vulgar”. Después, hablando de los libros prohibidos en el Índice, especifica, entre otros, “los libros abiertamente hostiles a la religión cristiana, como el Talmud, el Corán y ciertos comentarios rabínicos.

Pondera la discreción y tolerancia que se usó con las obras filosóficas, científicas y literarias, y hace la siguiente protesta: “Afirmo, sin temor a ser desmentido, que en toda su larga existencia, y fuese por una causa o por otra, no condenó nuestro Tribunal de la Fe una sola obra filosófica de mérito o de notoriedad verdadera, ni de extranjeros ni de españoles”. Así, “los Diálogos de Amor de León Hebreo —dice— mezcla de cáballa y neoplatonismo, se vedaron en lengua vulgar, pero nunca en latín”.

Finalmente, en el capítulo 1.º (§ X) del libro VI vuelve a tratar de otros judaizantes posteriores a los citados y correspondientes al siglo

---

6. Sobre estos dos personajes, Antonio Enríquez Gómez y Daniel Levi (Miguel entre los cristianos) de Barrios, véanse los documentados estudios de J. Rubio, publicados en esta *Miscelánea* (1955 y el presente volumen).

XVIII, como Pedro Pineda, "maestro de lengua castellana" y Antonio José de Silva, "condenado inicualemente, según parece, por los inquisidores de Lisboa". Mas "la plaga del judaísmo oculto —añade—, recrudescida después de la unión del reino de Portugal a la Corona de Castilla, vive aún después de la separación, y en todo el siglo XVIII da muestra de sí en los autos de fe, a tal punto que los *relaxados* en persona son casi siempre judaizantes".

(*Estudios y Discursos de Crítica Histórica y Literaria*).

Grande y profunda huella dejó Menéndez Pelayo de su paso por los campos de la Filosofía y la Historia; pero donde su actividad se desarrolló con mayor amplitud e inclinación vocacional fué en la erudición e investigación literaria, o mejor, si se quiere, en la historiografía literaria española, de la cual debe ser considerado, con justos títulos, como fundador. Sus *Estudios y Discursos de Crítica Histórica y Literaria* (7 volúmenes, edic. nac. 1942) coleccionan un centenar y cuarto de estudios monográficos sobre los más variados temas de literatura española, desde sus orígenes, pero principalmente relativos a escritores del siglo XIX. Ya se adivina no faltarán entre esos estudios los de literatura hispano-semítica. Veámoslo en rápido recorrido.

En el *Programa de Literatura española* presentado por Don Marcelino en las oposiciones a la cátedra que regentó durante más de cinco lustros (1878-1905), publicado por primera vez en la edición nacional de sus obras, incluye tres lecciones (16-18) sobre "Influencias semíticas medievales (arábiga y judaica)", que son como una síntesis de su pensamiento sobre la materia reflejado en sus escritos, más algunos puntos en otras lecciones (25: Poema de Yúsuf; 27: El apólogo oriental; 28: Lapidarios, etc.).

En el Prólogo a la *Historia de la Literatura Española*, de J. Fitzmaurice-Kelly, incluido por primera vez asimismo en dicha edición, (I, p. 91) cercena, en contra del autor "la supuesta influencia arábiga en la poesía castellana", mostrándose partidario de la influencia "lirica provenzal, o mejor, por ser más inmediata, la galaico-portuguesa". Línea después insiste, a propósito de las fuentes de la *Grande e General Estoria*, del Rey Sabio, en la cuantía de "todo lo que no procede de la Biblia y de los autores clásicos, sino de libros árabes y acaso hebreos" (p. 92).

El estudio acerca "De las influencias semíticas en la literatura espa-

ñola”, comentario al discurso de ingreso en la Academia, del polifacético F. Fernández y González, de análogo título y contenido, es una luminosa visión de conjunto, donde se aprecian además, certeros atisbos tanto sobre la cultura hispano-arábiga y la hebraicoespañola como sobre las conexiones entre ésta y aquélla, y sus irradiaciones influenciales.

Contribución de Menéndez Pelayo al “Homenaje a Don Francisco Codera” (1904), el patriarca de la moderna escuela de arabistas españoles, fue su estudio sobre *La Doncella Teodor*, en el que entrelaza, como en bella labor de taracea erudita, “Un cuento de las Mil y una noches, un libro de cordel y una comedia de Lope de Vega”.

En su discurso “Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del Quijote”, despedida oficial de Menéndez Pelayo como catedrático, al ser nombrado Director de la Biblioteca Nacional, echamos de menos esa preocupación por lo oriental, tan característica en él. Séanos permitida esta fugaz observación, para que no parezca inconsiderado y ciego nuestro tributo de admiración al sabio maestro. Claro está que bien podría decir él, respecto a sus estudios monográficos, aunque muchas veces fueran realmente exhaustivos, lo que Virgilio respecto a sus versos:

*Non ego cuncta meis amplecti versibus opto* (Georg. l. II, v. 42),

“Yo no intento abarcar todo en mis versos”, mas no deja de extrañarnos la afirmación de que Cervantes “no parece haber prestado grande atención al tesoro de los cuentos y apólogos orientales...”, y que apenas pueda rastrearse, al través del discurso que nos ocupa, algún fugaz influjo indirecto de lo hispano-oriental en el autor del Quijote, y nada absolutamente tampoco de la grande y positiva influencia que en él ejerció la Biblia, aspecto que ni roza siquiera el gran crítico.

En su discurso de ingreso en la Academia Española (1881) acerca de *La poesía mística en España*, de moderada extensión, dedica varias páginas a los místicos judíos y árabes, así como también al autor de *Blancaquerna*. Aunque ahí nos diga con ímpetu juvenil —contaba veinticinco años—: “Ensalcen otros la Edad Media: cada cual tiene sus devociones” (p. 89), los treinta años siguientes de su vida, de frutos ubérrimos para la investigación de las letras hispánicas, demostraron cumplidamente cuán fervorosamente admirador era de esa Edad Media española, no sólo de la cristiana, sino también de la arábigo-judaica.

Hablando en "Los Jesuitas españoles en Italia" del P. Juan Andrés (t. IV, pp. 31-43) y su Historia de la Literatura antes citados, dice así:

"Sobremanera docto para su siglo aparece en el capítulo consagrado a la literatura de los árabes, sobre cuya materia había leído casi todos los trabajos hasta entonces publicados. Esfuérase con erudición copiosa en mostrar la influencia de la literatura arábica en el renacimiento y progreso de la europea. Punto es éste en que tal vez exagera, dando por ciertas, influencias señaladas por entusiastas orientalistas; pero dignos son de tenerse en cuenta sus datos y sus juicios." (IV, p. 39).

Comentando las *Canciones, romances y poemas de Valera* (1885), a propósito de "Las aventuras de Cide-Yahye" hace las oportunas referencias al autor de la *Fuente de la Vida*, uno de los ídolos de Menéndez Pelayo, y después pondera como se merece la traducción de la famosa "Elegía de Abul-Beka de Ronda a la pérdida de Córdoba, Sevilla y Valencia", de la cual dice que quizá sea "el tipo más perfecto y más puro de tal género de lamentaciones".

En su discurso de ingreso en la Academia de la Historia, de la cual fué director, dedica altos elogios en ese tono de cálida y señorial simpatía que caracterizaba a sus panegíricos, al que fué su antecesor, el orientalista Don José Moreno Nieto, (VII, pp. 3-6). Dice de él: "Los estudios de la Filología oriental, que fueron encantos de los años de su mocedad, y a los cuales, no sin cierta tristeza, como la que infunde la memoria del bien perdido, sabía volver los ojos en su edad madura... Todos recordáis —dice a los Sres. Académicos— su *Gramática Arábica* y su erudito discurso sobre los historiadores musulmanes españoles, seguido de una bibliografía de ellos.

Hablar del rey San Fernando es sonar alternativamente la trompa épica y el clarín de la Historia; así lo hace Menéndez Pelayo en su discurso "El siglo XIII y San Fernando", pronunciado en el Tercer Congreso Católico Nacional (Sevilla, Octubre 1892). Mas no habla solamente de las victoriosas campañas del Rey Santo, que arrebataron a los moros espléndidas ciudades, sino que presenta, en rauda visión oratoria, dentro del cuadro brillante del siglo XIII, al "rey de los hebraizantes cristianos y de los controversistas antijudaicos, armado con su *Pugio fidei* (Ramón Mantí), el cual, además, fue "autor del primer vocabulario arábigo que vio Europa"; al monarca que supo "casar los aforismos de la sabiduría oriental con la razón escrita de la ley romana"; al "mara-

villosa, genial e iluminado filósofo, que constituye como nueva escala de Jacob el arte y método del ascenso y descenso del entendimiento" (R. Lulio).

\* \* \*

Es tan grande la figura de Don Marcelino Menéndez Pelayo, genial coloso de la erudición, la crítica y la investigación hispánica, que para no empequeñecerla hay que contemplarla por facetas; una de ellas solamente, ni la más ni la menos importante, hemos desplegado ante vuestra consideración. Si ahora os sentís más ligados a él por la admiración y la estima y con mayores deseos de repasar sus obras "con mano diurna y nocturna" no habrá resultado baldío el esfuerzo de este menguado investigador que ha tenido el alto honor de señalaros la egregia persona del maestro, aun no siendo digno siquiera de desatar la correa de su calzado.

Pero son de tal categoría los personajes y los valores nacionales que el inclito paladín de la ciencia española puso en el primer plano de ese mirador universal de los primates del pensamiento en esa larga teoría de sus sesenta y tantos volúmenes, que la figura del investigador, aun siendo excelsa, se diluye en la discreta penumbra de un plano posterior.

En efecto: no se habrá ocultado a vuestra clarividencia que el segundo y aun diría principal objetivo de esta disertación ha sido ofrecer una síntesis de ese mundo multiforme y seductor de la cultura hispano-semítica, visto a través de la mente y los escritos de un maestro incomparable. Ante vosotros han desfilaro repetidas veces, evocados por su mágica palabra, con atuendo sugestivo y nombres exóticos, los más destacados genios hispanomusulmanes y hebraicoespañoles que brillan en el cielo de la España medieval, y aun otros de siglos posteriores. Durante largo tiempo su gloria quedó soterrada bajo el polvo ominoso del olvido; pero ya por obra y gracia de la nunca bastante alabada labor de Menéndez Pelayo y otros investigadores, van siendo mejor conocidos y justipreciados sus eximios quilates. En los ochenta años transcurridos desde que Menéndez Pelayo aparece, como un profeta bíblico de palabra ardiente, haciendo florecer la memoria de tan ilustres varones, se ha progresado bastante en la reconstrucción de esos cuadros luminosos de nuestro pasado histórico. De las grandes directrices y certeras orientaciones señaladas con voz imperativa e índice inflexible por aquel maestro de maestros, unas se han cumplido bajo el amparo oficial, pero otras siguen siendo acuciante programa para cuantos hemos consagrado nuestra vida a esos sectores de nuestro patrimonio cultural y para nuestros hijos es-

pirituales ojalá podamos repetir nosotros, parodiando al maestro, lo que él decía con excesiva modestia, refiriéndose a sus insignes discípulos don Ramón Menéndez Pidal y el antes mencionado Bonilla y San Martín, aludiendo a las grandes batallas en pro de la cultura nacional, con palabras del romance: "Si no vencí reyes moros — engendré quien los venciera". (*Ens. crít. fil.* p. 389).

Al exaltar nuestras glorias ante vosotros, no lo hacemos por vano prurito de ostentación, sino en cumplimiento de un deber sagrado, como el que movió al autor del *Eclesiástico* cuando exclamaba: "Alabemos a los varones gloriosos, nuestros padres que vivieron en el curso de las edades". (*Eclo.* 44<sup>1</sup>), y obedeciendo, además, a las sabias admoniciones del maestro contenidas en las siguientes palabras, que quiero sirvan de áureo broche a esta mal pergeñada disertación:

"Donde no se conserve piadosamente la herencia de lo pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora. Un pueblo nuevo puede improvisarlo todo menos la cultura intelectual; un pueblo viejo no puede renunciar a la suya sin extinguir la parte más noble de su vida y caer en una segunda infancia, muy próxima a la imbecilidad senil". "Trabajemos —dice en otro lugar— con limpia voluntad y entendimiento sereno, puestos los ojos en la realidad viva, sin temor pueril, sin apresuramiento engañoso, abriendo cada día modestamente el surco, y rogando a Dios que mande sobre él el rocío de los cielos."

*David Gonzalo Maeso*